Este texto se refiere a la mediación pedagógica, y toma como base para la reflexión la pedagogía del sentido. Plantea que el sentido fundamental en la relación educativa es que hay seres humanos involucrados en la tarea de aprender y enseñar. Expone, además, el riesgo constante que existe de caer en el sin-sentido, para contrarrestar lo cual la clave está en lo comunicacional, en la posibilidad de construir y construirse en la interacción.

NOTAS EN TORNO A LA MEDIACIÓN PEDAGÓGICA

La metodología de la mediación pedagógica, con su marco conceptual, nació de un trabajo que compartimos con mi querido amigo, Francisco Gutiérrez Pérez, en Guatemala, dentro de las universidades San Carlos de Guatemala y Landívar, en el marco de un proyecto de Radio Nederland Training Centre. La experiencia arrancó en el año 88 y culminó en el año 93, aunque el proyecto sigue, con capacitación para estudiantes y docentes.

En ese contexto surgió esta propuesta que nosotros llamamos de *mediación pedagógica*. Quiero referirme a ella pero tomando en cuenta algunos otros conceptos que han ido creciendo después y sobre la base de lo que estamos viviendo en la Universidad de Cuyo.

El punto de partida para esta reflexión es lo que llamamos una “pedagogía del sentido”. Este concepto, que en mi caso ha sido un punto de llegada después de unos cuantos años de trabajo, me interesa porque hoy algunas oleadas posmodernas - y no hay que descalificar todo lo posmoderno - lo han puesto en crisis, lo han vapuleado, con aquello de que no hay por qué hacerle a nadie propuestas con pretensión universal, puesto que las vidas se resuelven en algo mucho más ligado a la esfera personal, grupal, y no a lo que puede significar concebir de una manera más amplia la condición y las relaciones humanas.

A mí me encanta el concepto de sentido, y lo recupero precisamente para enfrentarme un poco a algunas de esas posiciones, porque cuando hablamos de una *pedagogía del sentido*, planteamos que en la relación educativa, el sentido fundamental pasa por el hecho de que hay seres involucrados en la tarea de enseñar y de aprender.

Una pedagogía del sentido tiene como primer referente el aprendizaje. Cuando en un proceso educativo el aprendizaje se frustra, se desorienta, se confunde, tenemos problemas con el sentido de ese proceso.

Pero el sentido del acto educativo no es sólo el aprendizaje, sino también el logro de los seres que están aprendiendo. Como educadores (personas e instituciones) recibimos a seres que están en un proceso de construcción personal, y que a la vez tienen que aprender. El sentido del acto educativo pasa también, y fundamentalmente, por la posibilidad de que alguien se construya como ser humano. Hay procesos educativos de los que la gente sale

muy bien construida, de otros regularmente construida, de otros mal construida, y de otros hasta destruida.

Pero el hecho de que alguien en calidad de aprendiz se logre, se construya, no termina de dar sentido al acto educativo. Porque en el sentido entra también el educador, en más de una dimensión. En primer lugar porque estamos ante un ser que necesita lograrse como profesional, y uno como educador se logra por los frutos; son esos aprendizajes y esas construcciones a las que puede aspirarse como lo máximo en la labor con los estudiantes. Pero tampoco ello es suficiente. Porque el trabajo del educador es un trabajo intelectual. Y en el ámbito universitario, por lo menos, tal trabajo se refleja no sólo en capacitar gente, sino en obra, en tener algo personal producido.

El sentido del acto educativo no nos alcanza solamente con el educador que educa, sino también con el educador que se logra como intelectual y que logra obra, y puede poner en circulación su obra, y enseñar su obra. En el acto educativo está involucrada la institución y ella necesita también lograrse como tal, constituirse en una instancia de sentido para el educador, para el estudiante, para sí misma y para el contexto. La institución educativa no se logra si está enredada por décadas en problemas burocráticos, si confunde su calidad de institución pública con estar encerrada tras las paredes, y por lo tanto pensar que se puede vivir en un espacio caracterizado como claustro.

El sentido fundamental de la institución educativa es que se logren sus educadores y sus estudiantes, pero también su sentido pasa por lo que puede aportar a la relación interinstitucional y con la sociedad en general.

Sin embargo todavía no nos es suficiente este concepto de sentido, porque también tenemos que preguntarnos por el sentido de los materiales utilizados para aprender, de los medios y de los materiales. La educación en general ha tenido un problema de décadas de desencuentro con los medios de comunicación a emplear en la enseñanza, una enorme dificultad de incorporarlos creativamente. Por lo tanto el hecho de lograr el sentido del uso de los medios, medios jugados en todas sus posibilidades comunicativas y pedagógicas en función del aprendizaje, es algo que en muchos espacios educativos no hemos podido resolver.

Y lo mismo nos sucede con los materiales. Proponemos textos, escritos, para que nuestros estudiantes aprendan. Pero también allí tenemos problemas de sentido por establecer una relación de lejanía entre los materiales y la vida y las percepciones de nuestros jóvenes.

Y el sentido se juega en las prácticas de aprendizaje. La mayor responsabilidad de una institución educativa y de un educador, es lo que le hacen hacer a alguien para que aprenda. Eso se llama práctica de aprendizaje. Yo puedo forzar a otro a hacer algo humillante para su inteligencia y su sensibilidad. Si tengo a alguien sentado cinco años tomando apuntes, he humillado su creatividad y su capacidad.

Esa responsabilidad significa que en cada práctica que le pido al otro tengo que tomar en cuenta que estoy entrando en su vida, en su quehacer, en su tiempo. Muchas veces hay un terrible despilfarro de vida, de quehacer y de tiempo del otro, cuando le propongo prácticas inútiles que no le sirven para nada o que lo obligan a un pseudoaprendizaje.

En síntesis, lo que está en juego acá es la relación sentido sin-sentido. Los educadores, las instituciones educativas, los materiales, nuestros estudiantes, estamos siempre acechados por el sin-sentido. Sin-sentido lo entiendo como todo lo que atenta contra la construcción del estudiante en su ser, contra el aprendizaje, contra el educador en la posibilidad de realizarse y de crear obra, contra la posibilidad de la institución de convertirse en una instancia que asegure aprendizajes, el logro personal, y que aporte algo a la sociedad.

En definitiva, lo que nos interesa en esta cuestión es que el sentido se juega entre seres humanos, y el sin-sentido también se juega entre seres humanos. Las posibilidades de escapar al sin-sentido están dadas por relaciones intensamente comunicacionales, en las cuales no sólo hay una cuestión intelectual que no descarto, sino una forma de relación y de construcción de seres humanos.

El fundamento del acto pedagógico para nosotros *es un acto de fe*. Con todas las letras, en dos vertientes:

- ⇒ No se puede aprender de alguien en quien no se cree, sea un docente o una institución o una carrera.

- ⇒ No puedo enseñarle a alguien en quien no creo.

Es sobre eso que se construye el sentido. Y no estoy planteando nada ingenuo, sino algo que necesito para aprender y para enseñar. Hemos hecho ejercicios de qué opinan los colegas de algunas instituciones educativas de sus estudiantes, y ha salido en ocasiones tanta carga de desconfianza, de descalificación, y a veces de odio, que uno no entiende cómo alguien puede enseñar sereno a seres que caracteriza de esa manera. Una pedagogía del sentido es también una pedagogía de la serenidad.

Desde ese marco de reflexiones, y en la práctica en Guatemala, se fue entretejiendo la propuesta de la mediación pedagógica, que con Francisco Gutiérrez caracterizamos inicialmente como *la tarea de promover y acompañar el aprendizaje*. Esto supone algo muy presente en las teorías contemporáneas de aprendizaje, que nosotros hemos tratado de desarrollar de la manera más clara posible.

Pero el concepto es todavía mucho más abarcante en sentido social: todo lo que hace el ser humano está mediado, absolutamente todo. El hombre decía Ortega y Gasset, (un ejemplo que doy hace muchos años), es el único animal que antes de comer no come, no va directo al alimento, sino que cocina, se lava las manos, pone la mesa; es decir la comida humana está mediada. El ser humano no puede desarrollarse sin mediaciones y sabemos muy bien que es

de los seres que requieren, entre todas las especies conocidas, del período más largo de socialización.

Hay instituciones mediadoras. El Estado, la familia, la escuela, la Iglesia… La escuela, en sentido amplio, es una institución mediadora por excelencia. Con Francisco decíamos bueno, todo está mediado, la educación está mediada por instituciones, por lo tanto cuando uno educa está ejerciendo siempre alguna forma de mediación.

Pero reconocíamos que no toda mediación en ese ámbito es pedagógica. Porque ha habido y hay mediaciones educativas que no son pedagógicas, que no van a favor del sentido en el acto educativo, sino incluso en contra del sentido, del logro, de la construcción.

Para aclarar todo esto retomo el concepto que propuse en *Educar con sentido, apuntes sobre el aprendizaje:* el *umbral pedagógico.* Umbral es aquello que está a la entrada de algo, o aquello a través de lo cual salgo. Los seres tenemos umbrales. Hay quienes se abren con mucha facilidad; hay quienes se retiran un poco, otros mucho, y hay quienes colocan una tapia adelante. No es una crítica, es una comprobación.

Es posible pensar las propuestas educativas, tomando en cuenta este concepto, en dos extremos: detrás del umbral no hay nada y te tengo que meter todo, educación bancaria, violencia, te lleno como un recipiente, te golpeo para que aprendas, detrás del umbral no hay nada. La tabla rasa, el niño y el adolescente sin pasado, sin historia. Se ha hecho mucho daño con tal concepción del otro. A veces con eso caen culturas enteras: tu cultura también es nada. Pero detrás del umbral siempre hay algo, estamos nosotros.

O el otro extremo: detrás del umbral está todo. No tengo nada que ofrecerte. Pues bien, detrás del umbral hay algo pero detrás del umbral no está todo.

Nos preocupa cómo jugar ese delicado equilibrio entre movernos en el umbral sin invadir y sin destruir, pero tampoco alejándonos de tal manera que no aportamos nada ni como educadores ni como institución. Ha habido riesgos con algunas propuestas educativas que han dicho por ejemplo: *el grupo posee toda la información y la sabiduría.* Tengo muchas dudas con eso. Tampoco digo que el grupo no tenga que aportar.

La mediación pedagógica consiste en tender puentes que se van afirmando de un lado en el umbral y del otro lado en lo que buscamos llegar a partir del aprendizaje y de la construcción personal y social. La mediación pedagógica reconoce que se aprende siempre de lo cercano a lo lejano, y que lo más cercano en el universo soy yo mismo. Esto no quiere decir que yo sea transparente a mí mismo, ésa es otra discusión, pero desde el punto de vista del aprendizaje, el punto de partida soy yo, soy esa cercanía, expresada en mi historia personal, en mi vida cotidiana, en mi cultura. Desde allí hay que tender puentes.

Y un puente es provisorio, como todo puente, no hacemos puentes para toda la vida. Vendrán otros que se construirán sobre el puente anterior. Tender puentes entre lo que se sabe y lo que no se sabe, entre lo que se siente y se puede llegar a sentir, entre lo que se percibe y se puede llegar a percibir, entre lo que se considera normal y lo que habría que corregir.

Sobre la base de estos elementos teóricos y de la experiencia en Guatemala (a los que sumamos los aportes de las contemporáneas teorías del aprendizaje) organizamos en la Universidad Nacional de Cuyo una carrera de postgrado de Especialización en Docencia Universitaria.

La base de esos estudios puede sintetizarse así: es muy difícil enseñar como *no se ha aprendido.* Si he aprendido durante 17 años de una manera verticalista, lineal, tomando apuntes, sin que irrumpiera mi palabra, sin que hubiera interacción, por más que me den una semana o diez días, o un mes de capacitación para enseñar de otro modo, ello no será suficiente.

Reconvertir la manera de enseñar es un proceso largo que supone cambiarse profundamente a uno mismo, y esto no sólo se logra por informarse o por adquirir algunas técnicas, que no descalifico. Se logra por el esfuerzo de aprendizaje realizado, aprendizaje de uno mismo, de las propias posibilidades, aprendizaje de la cultura de nuestros estudiantes, aprendizaje de las virtudes y los defectos de nuestras instituciones, aprendizaje de la comunicabilidad de los medios y materiales utilizados.

Aclaración necesaria: ni la especialización ni la propuesta de mediación pedagógica pretenden partir de cero, como si quienes vienen dedicando su vida a la educación llegaran con las manos vacías, como si nada hubieran atesorado a lo largo de años de esfuerzos y a menudo de sacrificios. Los educadores nos merecemos en primer lugar respeto, si me dedico a convencer a alguien que se ha equivocado durante toda su existencia, es poco probable que podamos hacer juntos algo constructivo.

Pero hay otro paso más, que dimos con Francisco en Centroamérica, y que retomamos en nuestra experiencia en Mendoza. Me refiero a la propuesta del *texto paralelo*. En realidad, la recreamos sobre la base de antecedentes tan hermosos como Freinet, con el texto libre, y don Simón Rodríguez, quien hacia 1780, proponía en Caracas que como escaseaban los maestros, los pocos que había escribieran un libro sobre la base de sus experiencias cotidianas para apoyar a los nuevos educadores.

Un texto paralelo no es una monografía ni el desarrollo de algún tema. Caracterizamos ese recurso como un seguimiento personal del propio aprendizaje.

La experiencia del texto paralelo, supone que uno, en muchos casos, tenga que recuperar diez o doce años de no haber escrito. Pero supone algo más: el texto es un instrumento que llamamos subjetivo-objetivo. No nos interesa un texto universitario típico, caracterizado a menudo por aquella expresión de Borges, “la triste lectura universitaria”. Podríamos agregar “la triste *escritura*

universitaria". No nos interesa ese tipo de textos. Porque el texto paralelo no es una obra científica, es una obra pedagógica. Y en pedagogía enseñamos ciencia, pero enseñamos también relación humana, enseñamos cultura, enseñamos construcciones de seres. La pedagogía no está volcada sólo a enseñar ciencia, está volcada al otro, a la interlocución.

Cuando se plantean prácticas como "¿Por qué no trata usted de recordar la experiencia más hermosa que tuvo como aprendiz desde la primaria hasta que terminó la universidad?, ¿por qué no trata de recordar la más dolorosa?" se apunta a volver la atención a uno mismo, a la memoria personal. Porque no somos máquinas que enseñan a máquinas, somos seres humanos a los cuales les pasan cosas, y es importante qué le ha pasado a alguien en relación a su historia personal. El texto paralelo se va construyendo también sobre la base de mis percepciones, de mi memoria personal.

Y otro elemento: hace años que se viene hablando de la interdisciplina para crear ciencia; pero hablamos muy poco de la interdisciplina para crear pedagogía. La transposición didáctica se orienta a la primera posibilidad y en ese sentido tiene su valor.

La mediación pedagógica por su parte invita a la interdisciplina, pero desde un intento de mediar desde otros horizontes de la cultura. Porque un ser humano está abierto a muchos horizontes de la cultura y no sólo a un punto de vista fijo. Un educador debiera hacer el esfuerzo de mediar con toda la cultura. Para ello hace falta ser culto, no en el sentido de quien ha leído cientos de libros, porque eso puede significar solo erudición, sino ser culto en primer lugar en la cultura de quien viene a aprender con él.

Los educadores tenemos a nuestra disposición toda la cultura del ser humano. El asunto es saber traerla, saber mediarla. Puedo usar la cultura juvenil, relatos de sociedades perdidas en el tiempo, biografías personales, mi memoria. Esto enriquece y facilita mucho la capacidad de mediar.

Daniel Prieto Castillo
Mendoza, Julio de 1999